

G. Vattimo y otros

EN TORNO A LA POSMODERNIDAD

G. Vattimo
J.M. Mardones
I. Urdanibia

M. Fernández del Riesgo
M. Maffesoli
F. Savater

J. Beriain
P. Lanceros
A. Ortiz-Osés



ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

Barcelona,
1994

LO NARRATIVO EN LA POSMODERNIDAD

Iñaki Urdanibia

- (1985a), *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Francfort, Suhrkamp.
- (1985b), «Questions and Counterquestions», en Bernstein (ed.), «Habermas and Modernity», *Polity Press* (Cambridge).
- (1985c), *Die Neue Unübersichtlichkeit*, Francfort, Suhrkamp.
- (1985d), «La modernidad, un proyecto incompleto», en: H. Foster, J. Habermas, J. Baudrillard et al., *La Posmodernidad*, Barcelona, Kairós.
- HORKHEIMER, M. (1971), *Kritische Theorie I*, Francfort, Fischer.
- LUHMANN, N. y HABERMAS, J. (1972), *Teorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie*, Francfort, Suhrkamp.
- LYOTARD, J.F. (1984), *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra.
- (1986), «Reescribir la modernidad», *Revista de Occidente* (Madrid), 66, 23-25.
- (1987), *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, Gedisa.
- (1987a), Entrevista de T. Oñate, *Meta* (Madrid), 2, 114-129.
- (1987b), *El entusiasmo. Crítica kantiana de la historia*, Barcelona, Gedisa.
- MCCARTHY, (1987), «Introduction», en Baynes, Bohman y McCarthy (eds.), *After Philosophy. End or Transformation?*, Cambridge, MIT Press.
- MAESTRE, A. (1987), «Las diferencias y relaciones entre Apel y Habermas», *Zona Abierta*, 43-43, 113-138.
- MARDONES, J.M. (1985), *Razón comunicativa y Teoría crítica*, Bilbao, Univ. País Vasco.
- MATE, R. (1987), *Pretensiones de verdad frente a Teorías de verdad. Por una filosofía de la religión* (Manuscrito).
- METZ, J.B. (y F.X. Kaufmann) (1987), *Zukunftsfähigkeit*, Friburgo-Basel-Viena, Herder.
- MUGUERZA, J. (1988), *Desde la perplejidad*, Madrid, Taurus.
- RORTY, R. (1982), «Consequences of Pragmatism», *Harvester Press* (Sussex).
- (1983), *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- (1986), «Habermas and Lyotard on Postmodernity», en Bernstein (ed.), «Habermas and Modernity», *Polity Press* (Cambridge).
- VATTIMO, G. (1986a), *El fin de la modernidad*, Barcelona, Gedisa.
- (1986b), *Las aventuras de la diferencia*, Barcelona, Península.
- (1986c), «El fin del sentido emancipador de la historia», *El País* (6-XII).
- WELSCH, W. (1987), «Unsere postmoderne Moderne», *VCH, Acta Humaniora* (Weinheim).
- WELLMER, A. (1985a), *Zur Dialektik von Moderne und Postmoderne*, Francfort, Suhrkamp.
- (1985b), «La dialéctica de Modernidad y Posmodernidad», *Debats*, 14, 67-89.
- WOLIN, R. (1985), «Modernismo vs. Posmodernismo», en AAVV, *Sulla Modernità*, Milán, Franco Angeli.

El propósito de las siguientes páginas va a ser el de intentar definir, al menos someramente, la posmodernidad. Parto pues de un intento clarificador tras el inexistente debate, o existente algunas veces, pero con un enfoque completamente superficial y generalmente mal llevado: tanto por parte de los defensores de dicho fenómeno como por parte de los enemigos. Los primeros reduciendo el asunto a pura cuestión de moda, de arrugas, de banalidad, y los segundos tomando dicha palabra como comodín tras el que colocar al enemigo al que atacar. Lo referente a lo narrativo podría decirse que vendrá *por añadidura*, después del recorrido explicativo que hemos señalado.

Dificultades de definición

Mi hipótesis rigurosamente provisional es la siguiente: la posmodernidad es el folklore de la sociedad posindustrial. Me refiero, claro, a la dichosa posmodernidad a la española, que de fronteras arriba el término evoca ruidos bastante menos pintureros, invoca excursos filosóficos, es-

téticos o periodísticos de mayor enjundia y convoca entusiasmos algo más complejos. Pero por este caliente sur con tendencia a orientalizar la cuestión pos se siente y se vive como folklore de la sociedad posindustrial, de la misma manera que el pop fue el folklore de la segunda era industrial [...].¹

La nada fácil empresa de explicar qué sea esa cosa llamada posmodernidad no sólo se debe al embrollo que en torno a dicho término se ha creado, ni tampoco al uso y abuso que de dicha palabra se ha hecho, sino que también se debe a su actualidad y a la consiguiente falta de perspectiva para enfocar el fenómeno. No es que la palabra provoque unanimidades, sino que, al contrario, las posturas con respecto a ella son bien dispares: así, se puede ver a los que afirman la existencia de dicho fenómeno, junto a aquéllos que lo circunscriben al marco de la moda, a otros que limitan su pertinencia a algunas parcelas del saber o aquéllos otros que niegan lisa y llanamente la existencia de tal cosa.

Deteniéndonos brevemente en el origen de las dificultades que comentamos, podemos ver cómo las causas principales serían: la *novedad* de tal palabra (o, mejor, de la condición que pretende expresar), el *equivoco* de la palabra pos acompañando a otra que inclina a hacer pensar en una periodización histórica, los muchos *sentidos* de tal palabra y las diferentes *disciplinas* en las que se ha utilizado; por último, podríamos señalar cómo por aquí se podría añadir el *desafortunado uso* de la palabra: unos frivolizando el tema y echando «soleado humor al guiso galo», mientras que otros, haciendo gala de un gran celo militante, han llevado la cuestión al terreno de la simplificación amalgamadora.

Los mismos partidarios de la utilización y verosimilitud de dicho vocablo han hablado de lo *desafortunado* que resulta dicho *epíteto*. Así, se puede hablar de tal término más como un concepto operativo que como un concepto analítico: tal término vendría a ser como una advertencia de que las cosas ya no son como antes, de que estamos en

un momento en el que se ha extendido una sensibilidad o un estado de alma de tal modo que sería más exacto hablar de *condición* más que de una época, ya que este último término conllevaría una carga periodizadora que, a pesar de lo engañoso del pos, está en las antípodas del pensar posmoderno. Así pues, aunque tal término se pueda prestar a equívocos, su utilización ha solido mantenerse con el fin de alertar acerca de lo que ya no marcha en la modernidad, como un grito de alerta que no parte de algún iluminado, como podría pasar hace algunos años, sino que responde a una conciencia cada vez más extendida de que las cosas ya no funcionan del mismo modo que hace algún tiempo. Tal postura pretendería igualmente profundizar en la actualidad de los tiempos que corren, frente a las simplificaciones que hacen que se interpreten las cosas de una vez por todas, sin observar los más mínimos cambios o particularidades de los diferentes momentos. Este intento por profundizar en estas cuestiones suele encontrar ciertos obstáculos, como indica Chesneaux: «¿una de las trampas de la modernidad no es hacer pasar estas cuestiones como asuntos caídos en desuso, ver vacíos de sentido? Fantásticas presiones se ejercen con el fin de desanimar a cualquier interrogación general sobre nuestra época». ² En la misma línea de lo apuntado por el profesor de La Sorbona, estarían las palabras de Jean-François Lyotard cuando considera como una de las tareas decisivas de la humanidad, en el momento actual, ante la complejidad con la que se enfrenta la «resistencia al simplismo, a los eslóganes simplificadores, a las peticiones de claridad y de facilidad, a los deseos de restaurar los valores seguros. Aparece ya que la simplificación es bárbara, reactiva». ³ De esta manera —y aunque pueda parecer lo que decimos contradictorio con ciertos usos locales de la famosa palabra de la que hablamos— las alertas posmodernas pretenderían analizar con seriedad los tiempos que nos han tocado vivir, y es ahí donde surgirán términos como reescritura, anamnesis, etc. ⁴ Tales posturas lyotardianas harían frente a ciertos posicionamientos frívolos que tomando el «todo vale» como estandarte han

intentado reducir lo posmoderno a pura pose, a simple cuestión de estilo; posturas que «traducen en el fondo la renuncia a un verdadero trabajo de anamnesis [...] sacar la conclusión de “nada vale”, que “todo es bueno” [...] me parece un poco ligero [...]. Esta noción de *cool* es verdaderamente una idea pobre; es el estoicismo traicionado y reducido a la peor banalidad: ¡nada importa verdaderamente, seamos indiferentes! y el cinismo del: ¡gocemos!». ⁵

Acerca de la modernidad

Si comenzábamos a aproximarnos al tema pretendiendo definir la posmodernidad y señalábamos algunas de las dificultades que lleva consigo tal empeño, entre éstas citábamos la dificultad que supone que el pos vaya acompañando a otra palabra. Así pues, y con la intención de ir clarificando la cuestión, vamos a detenernos en tal palabra. Tampoco es tarea exenta de complicación la de definir la modernidad. No obstante, y debido al ya aceptado y dilatado uso de tal concepto, se puede hablar de cierta unanimidad a la hora de señalar los rasgos más característicos de tal fenómeno. Señalando los acuerdos —o el mínimo común denominador— de los diversos discursos sobre la posmodernidad, Buci-Glucksmann nos da algunas pistas: «Que la modernidad como proyecto universalista de “civilización” descansando sobre el optimismo de un progreso tecnológico ineluctable, sobre un sentido seguro de la historia, sobre un dominio racional y democrático de un real entregado a las diferentes utopías revolucionarias de un futuro emancipado, haya entrado en crisis en los años 70: tal es la evidencia masiva que unifica los diferentes discursos sobre la posmodernidad, ya sean franceses o internacionales». ⁶

De la cita anterior podemos sacar en claro dos cosas: los rasgos que prácticamente con unanimidad se aceptan como propios de la modernidad y cómo tales rasgos han entrado en profunda crisis. Otra cosa será el diagnóstico que de tales cuestiones se deduzca: para unos, resultará

que la modernidad es un proyecto muerto; para otros, estará agotado; mientras que, para otros, será un proyecto inacabado.

Jean Baudrillard ⁷ pone el dedo en la llaga al señalar la gran dificultad de definir la modernidad. Tal dificultad surge al no ser éste un concepto de análisis; es decir, no hay leyes de la modernidad, pero lo que sí hay es una lógica y una ideología. Cómo no va a haber dificultades a la hora de definir la posmodernidad, situación que comienza a vislumbrarse en estos tiempos, si tenemos en cuenta cómo la modernidad, siendo un fenómeno cuyos iniciales rasgos comienzan a darse allí por el siglo XVI, todavía es objeto dificultoso a la hora de definirlo.

Un momento clave en el asentamiento de la modernidad será la salida de la Edad Media; en el Renacimiento se dan grandes cambios técnicos, científicos y políticos que vienen a suponer, al mismo tiempo, un juego de signos, de costumbres y de cultura que va sedimentando en una nueva estructura social. Siguiendo en este apresurado recorrido, podemos ver cómo los siglos XVII y XVIII ponen las bases filosóficas (Descartes y la Filosofía de las Luces) y políticas (el Estado monárquico que sucede al feudal), al tiempo que las ciencias física y natural, al unísono, dando los primeros pasos en lo que respecta a la tecnología aplicada (ahí están los ejemplos de *La Enciclopedia*), hacen que los fundamentos de la modernidad den un gran salto adelante. Habría que añadir a esto la célebre querella entre «*anciens et modernes*» que recorre toda esta época, originando una ley del *progreso* del espíritu humano hasta llegar a mediados del siglo XVIII y principios del XIX, que es cuando se dan los primeros pinitos del «romanticismo» como modernismo radical.

Un hecho trascendental será la Revolución de 1789, que pone en pie al Estado burgués moderno, centralizado y democrático. Comienzan a funcionar el sistema constitucional, junto a su organización política y burocrática.

El continuo e imparable progreso de las *ciencias* y de las *técnicas* hace que se den grandes cambios en el campo de la *producción* (división del trabajo, con las consiguien-

tes transformaciones en las costumbres y en la cultura tradicional). Las *luchas sociales* surgen con fuerza, marcando de una manera total los siglos XIX y XX. A estos aspectos señalados se han de añadir la explosión demográfica, la concentración urbana y el gigantesco desarrollo de los medios de comunicación y de información, cuestiones todas ellas que dejarán su huella de un modo decisivo en la modernidad como práctica social basada en el cambio, la innovación, la inestabilidad y en la permanente crisis.

Podría darse 1850 —aproximadamente— como fecha en la que la sociedad comienza a autopersuadirse en términos de modernidad: tanto Théophile Gautier como Baudelaire emplean el término.

A través de todos estos pasos se fue conformando una retórica, una lógica y una ideología de la modernidad. *Lógica* basada en la importancia de lo científico-técnico, en la trascendencia abstracta del Estado, en la idea de una consciencia autónoma e individual (sujeto), al tiempo que en una visión del tiempo cronométrico (como es obvio, no es ajeno a ello el sistema productivo imperante), lineal e histórico. La *retórica* será una retórica de la ruptura, de la búsqueda continua y de la innovación, acompañada por una estética de la creatividad, de lo inédito y de la novedad. Todo ello se manifestará de un modo explícito en el fenómeno de las vanguardias. En efecto, ciertos de estos rasgos estaban en la base en los primeros tiempos, especialmente en los terrenos artísticos. Con el paso del tiempo, las aristas rupturistas irán cediendo ante una dinámica de la amalgama, como lo indica un pionero en el estudio de estos fenómenos, Henri Lefebvre: «La modernidad, en la sociedad burguesa, será la sombra de la revolución posible y fracasada, su parodia [...]. La modernidad, caricatura y moneda de la revolución total, que no tuvo lugar. De buen o mal grado, mal y torpemente, en el interior del mundo trastornado y que no se ha vuelto a poner en pie, la modernidad cumple las tareas de la revolución: crítica de la vida burguesa, crítica de la alienación, debilitación del arte, de la moral y, en general, de las

ideologías, etc.». ⁸ De esta manera, lo que comenzaba con unas grandes dosis de rebeldía e inconformismo se convierte en una situación normalizada y apaciguada, o, por decirlo con la expresión más gráfica de Michel Leiris, «la modernidad se ha convertido en mierdonidad». ⁹

Pequeño recorrido por el arte

Cuando Rimbaud, en la fase final de *Une saison en enfer*, recomienda que «es preciso ser absolutamente moderno», ¹⁰ lo que nos está diciendo es que es necesario ser relativos, está llamando a la creación de mundos nuevos, aún desconocidos. Tanto en el espíritu rimbaudiano como en el de su «maestro» Baudelaire había una exaltación de lo nuevo, de lo desconocido, de lo por llegar, de lo inédito, de lo efímero, de lo transitorio, de lo fugitivo, de lo contingente, de lo ambiguo, de lo aleatorio (nos viene a mano una frase de Lefebvre: «¿Será un carácter esencial de la modernidad la introducción masiva de lo aleatorio en todos los dominios de la conciencia, del conocimiento y de la acción? Puede sostenerse esta teoría»). ¹¹

Ahora bien, todo aquello que era, qué duda cabe, una propuesta cultural audaz, de búsqueda de lo insólito, se ha convertido en una norma social banalizante y de sumisión al modelo dominante. Ha dejado de ser un aguijón estimulante de la creación artística y literaria para pasar a convertirse en guía de la vida cotidiana y del orden productivo. De modo que lo que había sido contradicción y vitalidad permanente se convierte en conformidad y apatía: «las vanguardias se han convertido también en un ritual primitivo de la cultura de masas y del consumo cultural: su signo no es crítico, sino acomodaticio a las leyes de producción y reproducción económicas; su carácter es profundamente conservador». ¹² Y al igual que la esperanza se ha perdido en el espíritu subversivo de las vanguardias artísticas, lo mismo ha sucedido en lo referente al terreno político: tras la embriaguez, la resaca. Como diagnóstico, en el mundo del arte, podemos tomar las ajusta-

das palabras de Simón Marchán-Fiz, que dice con respecto a la presente situación: «amoralismo, escepticismo, resignación, cinismo, nihilismo histórico, decepción con respecto a los ideales de las viejas vanguardias y las ideas totalizadoras, en suma, carencia de expectativas, son algunas de las expresiones más socorridas para traslucir el sustrato que late en la actual escena artística».¹³

Desde hace ya algunos años, esta crisis generalizada se palpa en los ambientes más diversos y se podría hablar, sin caer en exageración, de una crisis estética, moral, sexual, política y metafísica. La cultura europea ha tomado clara conciencia de no ser cultura, sino de haberse plegado totalmente a los intereses de la civilización tecnológica y militar. Y si lo que afirmamos es cierto, desde hace años, cómo no lo será ahora, tras los últimos cambios tecnológicos y tras los crímenes contra la humanidad cometidos en la civilizada Europa.

Pero ciñéndonos al terreno del arte, podemos decir cómo la modernidad ha triunfado y ya no es una meta a perseguir. Antes, era una alternativa, ahora detenta el sillón y, como es natural, en tales circunstancias surgen posturas que se oponen a este nuevo filtro académico. Es obvio que dentro de esta perspectiva es donde aparecen las propuestas posmodernas, éstas serían «todo lo que puede existir cuando lo moderno es sólo un punto de partida o el mero entorno tácito de cualquier nueva creación».¹⁴

Imágenes para plasmar nuestra situación «derivante» no faltan; quisiera hacer alusión a dos de ellas por su acierto. Guy Hocquenhem y René Schérer toman la idea óptica de *difracción*, que ya Fourier había utilizado para hablar de la multiplicidad de gérmenes pasionales, y así nos dirán que «con Fourier, comprendemos la difracción como “la luz que nace del exceso de tinieblas”, “la aparición del bien en el más fuerte de los males”, “el resplandor instantáneo de armonía que corta el centro de la subversión”, “la luz viva que nace del efecto más tenebroso”, como cuando un ala de plumas negras o un sombrero de fieltro negro, colocados entre el ojo y el sol, reflejan en

sus bordes las siete rayas como lo haría un prisma de cristal».¹⁵ La otra imagen a la que me he referido líneas más arriba sería la que propone Simón Marchán-Fiz, al decir que «tal vez el *bateau ivre*, del poeta Rimbaud, podría ser erigido con acierto en metáfora poética de una condición plural que parece emerger sobre la desaparición de la homogeneidad en lo moderno y la disolución de los discursos artísticos globales tan caros a las vanguardias».¹⁶ Y si con Rimbaud comenzábamos esta incursión por los terrenos del arte, con él mismo la finalizamos.

Viaje por la historia de las ideas

Tras haber transitado por los terrenos históricos, económicos y artísticos, en un intento de delimitar qué se entiende por el término modernidad, quisiéramos hacerlo, a continuación, por el de la historia de las ideas, campo más propiamente filosófico. Siguiendo un esquema muy simple,¹⁷ podríamos decir que primeramente se dio un *estadio mítico*, fundado en el «más allá»; posteriormente, se pasaría al *estadio moderno o ilustrado*, en el que el saber humano, con la razón como *topos* privilegiado, se constituirá como núcleo fundamentador; en este estadio, el «más acá» juega el papel que anteriormente había de buscarse en el exterior. Por último, estamos en una situación en la que se carece de fundamento, sumergidos en una *profunda crisis* en la que no encontramos sentido ni en el «más allá» ni en el «más acá»; sería una situación parecida a la del viajero que carece de brújula. No cabe duda de que la esquematización propuesta tiene sus límites, especialmente desde el punto de vista de que sigue la racionalidad periodizadora típicamente moderna. ¿Y cuándo comienza esta profunda crisis de la que hablamos y que sería la que marca el inicio de nuestra «condición posmoderna»? Si bien no hay necesidad alguna de fijar fechas, además de la dificultad que ello supondría desde el punto de vista de la interrelación entre diferentes épocas («el sol

ya se ha puesto, pero ilumina y calienta todavía el cielo de nuestra vida, aunque ya no lo veamos más», que diría Nietzsche),¹⁸ de que no se surge del vacío y, en consecuencia, los límites son verdaderamente vaporosos y difícilmente delimitables en sus precisos contornos, nos parece significativa la utilización como «fecha operativa», por parte de Lyotard, la segunda guerra mundial: «con la solución final, introducción de nuevas tecnologías en la guerra, el uso sistemático de la destrucción de poblaciones civiles, es innegable que un cambio se opera. Los ideales de la modernidad son abiertamente violados [...] [ideales] que estipulaban que todo lo que hacemos en materia de ciencia, de técnica, de arte y de libertades políticas, tiene una finalidad común y única: la emancipación del hombre». ¹⁹ No cabe duda, en efecto, que en tales fechas se da una cierta «ruptura» con el camino seguido hasta entonces por las diferentes visiones fundamentadoras de la modernidad (san Agustín, *Aufklärung*, las Luces francesas...) y nos hallamos, tomando las palabras de Paul Virilio, ante «el anuncio de la tercera revolución del modo de destrucción». Si la primera revolución militar-industrial de 1870 ha facilitado la extensión del imperialismo colonial [...], la segunda revolución militar-industrial y científica de después de la segunda guerra mundial [...] según esta tendencia, la tercera revolución debería marcar la supremacía entera y definitiva del modo de destrucción sobre los diferentes modos de producción»,²⁰ y así el siglo de las Luces quedaría reducido a las luces de la velocidad, de la revolución militar-industrial.²¹ Y no es que en tales fechas comenzasen las posturas abiertamente críticas y/o desconfiadas con respecto a la modernidad, sino que tales hechos monstruosos actuaban con su fáctica fuerza para dar extensión y cuerpo a las anteriores reacciones de ruptura que muchas veces no habían sido sino las quejas de algunos «avanzados» a su tiempo. En este apartado podríamos señalar, por no citar más que a unos pocos, a Feuerbach, Kierkegaard, Marx, Nietzsche; en este orden de cosas, dirá Vattimo que «se puede sostener legítimamente que la posmodernidad filosófica nace en la obra de

Nietzsche [...] el *pos* de posmoderno indica una despedida de la modernidad que, en la medida en que quiere sustraerse a sus lógicas de desarrollo y sobre todo a la idea de la «superación» crítica en la dirección de un nuevo fundamento, torna a buscar precisamente lo que Nietzsche y Heidegger buscaron en su peculiar relación «crítica» respecto del pensamiento occidental».²²

Volviendo al esquema que hace unas líneas esbozábamos, quisiéramos recorrer de un modo rápido los periodos apuntados, destacando las principales características de cada uno de ellos.

Simplificando, comenzaremos por señalar cómo en un primer momento podríamos encuadrar dentro del pensamiento *premoderno* tanto al modo de pensar mítico, al pensamiento griego y al mismo cristianismo, ya que su concepción del tiempo, al igual que su concepción del sujeto (o su falta de tal concepción), hacen que la solución a los problemas de aquí abajo sea buscada fuera del propio mundo. Las salidas propuestas irán enlazadas con las ideas de origen y de magia o divinidad. Hasta los pinitos de las mitologías de victoria y las finalidades marcadas por la visión cristiana se propondrán para el «más allá». La *modernidad* surgirá con la idea de sujeto autónomo, con la fuerza de la razón, y con la idea del progreso histórico hacia un brillante final en la tierra. Dicho pensamiento se constituye en dos tiempos: el primero será el periodo que va desde el Renacimiento a la Ilustración. La tesis clave de dicho periodo será la tesis del sujeto: «todos los hombres son, por naturaleza, esencialmente idénticos entre sí»; de esta tesis se desprende una cierta idea de universalidad y de identidad; el segundo tiempo iría desde el romanticismo hasta la crisis del marxismo, «la tesis fundamental no es ya la del sujeto sino la de la historia», y de ella se desprenderá una cierta óptica relativista. El sujeto pasará a ser pensado «desde categorías colectivas: la nación, la cultura, la clase social, la raza». Dentro de la tesis historicista, tomarán cuerpo el *nacionalismo* y el *socialismo* como las dos grandes y principales versiones políticas. Las contradicciones entre ambas tesis serán palpa-

bles. «El intento de articular la idea de sujeto y la idea de historia a través de la idea de progreso es un intento en sí contradictorio: en él se combinan la promesa de liberación y la exigencia de dominación.» La *tesis del progreso* surgirá como mediadora de ambas tesis contradictorias, pero ha llegado el momento en que su credibilidad ha hecho agua y es ahí donde surge precisamente con toda su fuerza la crisis de la modernidad. Éste es el momento en el que «comenzamos a ver, a nuestro alrededor, cómo cierto número de mitos se derrumban. Los principios y las creencias sobre los que, hasta un periodo muy reciente, las sociedades se han edificado y han vivido, se revelan como no habiendo sido, quizás, más que mitos, mentiras míticas. Lo que se llama la puesta en cuestión de los valores del Progreso y de las Luces (*Aufklärung*) no es ya un asunto de opinión, sino que es una constatación. Es verdad que el desarrollo de las ciencias y las técnicas no puede pretender ya más hacer progresar la humanidad [...], que la barbarie no ha cedido el paso ante una civilización que parece, al contrario, segregar, a medida que avanza, formas de barbarie desconocidas y desiguales». ²³ Nos encontramos, pues, en la «era del vacío». ²⁴

El término «posmodernidad» en sí

Después de los distintos rastreos que hemos llevado a cabo por diferentes terrenos, parece el momento propicio para poder hilar más en corto en lo que hace al intento de definición del dichoso término que tantos ríos de tinta ha hecho —y sigue haciendo— correr. A la hora de enfrentarnos con él, juzgamos que el primer paso que nos conviene dar será el de intentar analizar el contenido de dicho término, al igual que su origen. Comenzaremos por ver lo que dice quien introdujo dicho término en el campo de la filosofía. El libro clave en este orden de cosas es *La condition postmoderne*, y allí, en su primera página, Lyotard dice cómo «la palabra se usa en el continente americano, por la pluma de sociólogos y críticos. Designa

el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de los juegos de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del fin del siglo XIX», ²⁵ y en un texto de la misma época puntualizará que «este término, que cojo a los americanos, designa un estado de la cultura. Se puede llamar modernas a las sociedades que anclan los discursos de verdad y de justicia en los grandes relatos históricos, científicos [...] en el posmoderno, es la legitimación de lo verdadero y de lo justo lo que viene a faltar». ²⁶ Como se puede observar por lo dicho, el término es tomado prestado a otros campos del saber. Por otra parte, las pretensiones de Lyotard al utilizar tal palabra no fueron ni polémicas ni tampoco su intento fue el de adoptar tal término como un modelo de conceptualización riguroso y científico. ²⁷ Más bien, su propósito al tomar dicho término era el de llamar la atención sobre el hecho de que algo no marchaba como hasta entonces en la modernidad. Es decir, que si hasta entonces las sociedades llamadas modernas habían tenido sus relatos de legitimación —en sus diversas variantes— y éstos habían funcionado, el declinar de la confianza en dichos relatos indicaba que había que comenzar a pensar en «preparar una legitimidad para la sociedad del futuro», ²⁸ ello especialmente teniendo en cuenta que algo estaba comenzando a cambiar, pero que dichos cambios era previsible que podían durar decenios, es decir, que se había de mirar dicho fenómeno como una «idea de cambio lento y pesado al menos tanto como la modernidad». ²⁹ De la idea que acabamos de apuntar se sigue evidentemente que «nadie es capaz todavía de definir esta ruptura posmoderna en un sentido que no sea lamentable y ecléctico». ³⁰ No es lo más adecuado, de este modo, pretender cerrar la cuestión desde ya y de una vez por todas; y si seguimos lo afirmado por Lyotard, lo cual es bastante previsible que suceda, la discusión, los tanteos, el deshacer la nebulosa que existe sobre esta «nueva» situación que todavía nadie puede definir con precisión, lo cual no quita que ciertos rasgos nos puedan hacer pensar en que «algo está cambiando o ya a cambiar», las cosas van para largo. Prácticamente, ya

han pasado quince años desde la aparición de dicho término, y la discusión continúa con fuerza, o mejor comienza ahora a coger auge, menos allí donde la receptividad es nula hacia las ideas cambiantes o donde los debates entran cuando ya están realmente mascados en otros lugares (dejaremos de lado el tradicional retraso secular).

Puestos a buscar fechas, podemos seguir al arquitecto —no olvidemos que éstos se encuentran entre los pioneros en la utilización de dicho término y éste ha tomado carta de naturaleza en dicha disciplina— italiano Paolo Portoghesi cuando escribe que «en el curso del último decenio, el adjetivo posmoderno ha viajado con diversas fortunas por el campo de las ciencias humanas. Utilizado sistemáticamente por primera vez en 1971 por Ihab Hassan, que lo empleaba a propósito de la literatura, ha ganado enseguida el campo de las ciencias sociales, la semiología, la filosofía, después la arquitectura donde ha encontrado un fértil terreno cultural y ha tomado una trayectoria que, de la crítica y de la historiografía, lo ha proyectado en la práctica, y donde se ha convertido finalmente en la etiqueta común de una serie de tendencias, de proposiciones teóricas y de experiencias concretas». ³¹ Propositiones teóricas y experiencias concretas que, generalmente, se han definido de un modo negativo con respecto a lo moderno. Es decir, se ha llegado a definir lo posmoderno del mismo modo como se define a las mujeres como «no-hombres». ³² Al igual que un futurólogo que sin certezas absolutas comienza a prever que algo está cambiando y que, en lo que hasta ahora dominaba, algo comienza a mostrarse como obsoleto, o por decirlo con palabras de Simón Marchán-Fiz, «si se persistiera en contemplar lo posmoderno como una réplica al declinar de lo moderno, será en la medida en que ofrece resistencia a aquellas facciones más gaseosas, destiladoras de ideología, o identificadas por lo común con las ideas civilizatorias del progreso científico-técnico». ³³

Ante esta situación, «sin tomar partido, el fenómeno posmoderno aparece ante todo como un *síntoma*, a tomar

en consideración como tal, por su aparición y por sus posiciones». ³⁴ La indicación resulta pertinente desde el punto de vista de que aun sin mostrar acuerdo, o desacuerdo, con dicho fenómeno la actitud más aconsejable es, por de pronto, prestarle atención, analizarla e intentar escrutar de qué es síntoma.

Teniendo en cuenta lo ya apuntado en anteriores páginas acerca de la «periodización» y sus dificultades, al tiempo que pensando en las dificultades de definición que venimos señalando, habremos de movernos en un cierto terreno ambiguo, no excesivamente delimitado, ni rígidamente marcado: «Posmoderno indica simplemente un estado de alma, o mejor un estado de espíritu. Podría decirse que se trata de un cambio en la relación con el problema del sentido: diría, simplificando mucho, que lo moderno es la consciencia de la ausencia de valor en muchas actividades. Si se quiere, lo que es nuevo sería el no saber responder al problema del sentido». ³⁵ No cabe duda que no es ajeno a este espíritu de «provisionalidad» y de «tanteo hacia» el mismo título del libro, en el que de un modo específico trata por primera vez el tema *La condition post-moderne*, al igual que su último recopilatorio lleve por nombre *Le postmoderne expliqué aux enfants*. Tanto él como sus editores lo han explicado: el carácter de los textos reunidos es fundamentalmente «pedagógico», «provisional», «dirigido a los niños», en el sentido de que nuestra mirada con respecto al fenómeno que nos ocupa ha de ser como la de los niños, que, perplejos ante lo que sucede ante sus ojos, se detienen a analizarlo con mirada «inocente» pero a la vez detallista. ³⁶

En una entrevista con ocasión de la salida del libro al que nos hemos referido en último lugar, Lyotard dice: «lo posmoderno es, quizás, la infancia de lo moderno, entonces he tomado los niños como destinatarios [...]. Por lo que concierne a la reevaluación de la modernidad, no somos exactamente sus hijos, pero nos hemos convertido en niños con respecto a ella. No sabemos muy bien lo que significa y estamos obligados a retomarla [...] tengo una vieja relación con la infancia: creo que las personas que

no se han perdido son aquéllas que han conservado su "infancia" junto a ellos. Ésta es, a su vez, una cosa que obstaculiza la idea cartesiana de modernidad: poner las agujas a cero, decretar el Año Uno del pensamiento nuevo [...]. Si la idea posmoderna tiene algún sentido es precisamente porque indica que esta ruptura es imposible o muy peligrosa. No es verdad que se puedan poner las cosas a cero, el pasado moderno está ahí, es decir "la infancia". Lo que es interesante es interrogarla.³⁷

¿Tendríamos, pues, que volver a los orígenes de la modernidad para volver a comenzar o para tomar los valores puros y críticos del ella? Por tal camino parecen avanzar las propuestas de Eduardo Subirats cuando invita a la «reconstrucción de la "dialéctica de las vanguardias" [...] averiguar aquellos elementos que han llevado a sus posturas artísticas al agotamiento, o bien a la integración en el medio de una civilización vitalmente vacía [...] salir al encuentro de aquel núcleo radical que otorgó a las vanguardias su sentido utópico y transgresor. La crítica radical de las vanguardias y de la cultura moderna como realidad objetivada y opaca es la premisa de la recuperación del sentido crítico más hondo del arte y la cultura modernos».³⁸ Éste es el tono general de la propuesta subiratiana: volver a los comienzos de la modernidad con el fin de rescatar el espíritu subversivo y radical que ésta encerraba en sus inicios, de modo que se pueda relanzar el espíritu utópico.

Por muy distinto camino van las pretensiones lyotardianas: volver hacia atrás, pero teniendo en cuenta que ya nos situamos en otra situación bien diferente, no buscando la recuperación de lo perdido, sino por los derroteros que nos indica a continuación: «vivo la llamada posmodernidad con una gran pasión, porque pienso que todo pasa como si fuera preciso recomenzar a comprender lo que nos ha sucedido, y nos sucede para tratar de retomar el inconsciente de la modernidad, de evitar sus "burradas"». ³⁹ La vuelta atrás, en este caso, tomará como empeño interrogar a la modernidad para situarnos en la nueva situación con la ventaja de haber aprendido de los errores

que han hecho que un proyecto con tantas promesas de emancipación haya llevado a la humanidad a situaciones tan contrapuestas con respecto a las promesas programáticas. Alejándose de posturas «rupturistas», que pudieran suponer «una manera de olvidar o de reprimir el pasado, es decir, de repetirlo más que una manera de superarlo», Lyotard tomará como ejemplo el trabajo propuesto por Freud en la *Traumdeutung*, es decir, un camino de «anamnesis en el sentido de la terapéutica psicoanalítica [...] descubrir sentidos escondidos de su vida, de su conducta [...] como una "perlaboración" (*durcharbeiten*) efectuada por la modernidad sobre su propio sentido».⁴⁰ Ésta es la responsabilidad que se ha de asumir si no queremos vernos condenados a repetir los errores anteriores y caer en la «neurosis moderna», la esquizofrenia, la paranoia, en las que ha vivido sumergido Occidente desde hace dos siglos. «Así comprendido, el "pos-" de "posmoderno" no significa un movimiento de *comme back*, de *flash back*, de *feed back*, sino un proceso "ana-", un proceso de análisis, de anamnesis, de analogía, de anagogia, de anamorfosis, que elabora un "olvido inicial"».⁴¹

La preocupación por intentar delimitar dicho concepto, por caracterizar esta nueva sociedad emergente y por situar su surgimiento, es empeño que ha ocupado, y ocupa, a estudiosos de los más diversos campos del saber. En los textos que comentamos a continuación, al menos lo que sí se da es un acuerdo en que algo distinto está naciendo o ha nacido ya. Así, por ejemplo, el historiador Jean Chesneaux se interroga al respecto: «¿Cómo caracterizar nuestra sociedad de los años ochenta? "Sistema técnico": dice Ellul, para quien no cuenta más que la hegemonía de la tecnología. Sociedad "posmoderna", replica Lyotard. "Sociedad posindustrial", sugiere Touraine. Primado del productivismo y de la tecnocracia, aseguran los ecologistas. O, sencillamente, una etapa "nueva" del capitalismo tal como lo definió la tradición marxista [...]».⁴² Sea como sea, el profesor de la École des Hautes Études de la Sorbona y de la Universidad de París VII considerará tarea imprescindible preguntarse por estos fenómenos,

y ello, a pesar de que «obstinarse en reflexionar sobre estos problemas sea ir contracorriente».⁴³ Jameson, profesor de literatura e historia de la conciencia en la Universidad de California en Santa Cruz, juzga igualmente pertinente ocuparse de dichos problemas y hará sus indicaciones en torno al «uso apropiado de este concepto: no es sólo otra palabra para la descripción de un estilo particular. Es también, al menos tal como yo lo utilizo, un concepto periodizador cuya función es la de correlacionar la emergencia de nuevos rasgos formales en la cultura con la emergencia de un nuevo tipo de vida social y un nuevo orden económico, lo que a menudo se llama eufemísticamente modernización, sociedad posindustrial o de consumo, la sociedad de los medios de comunicación o el espectáculo, o el capitalismo multinacional»;⁴⁴ y puestos a señalar fechas hablará de «este nuevo momento del capitalismo [...] desde el *boom* en Estados Unidos a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta o, en Francia, a partir del establecimiento de la quinta República en 1958. Los años 1960 son en muchos aspectos el periodo transicional clave».⁴⁵ Para Gilles Lipovetsky «es en el curso de los años sesenta que el posmodernismo revela sus características mayores con su radicalismo cultural y político, su hedonismo exacerbado [...]. Cultura de masas hedonista y psicodélica que no es más que aparentemente revolucionaria»;⁴⁶ y páginas más adelante añadirá que, «lejos de estar en discontinuidad con el modernismo, la era posmoderna se define por la prolongación y la generalización de una de sus tendencias constitutivas, el proceso de personalización, y correlativamente por la reducción progresiva de su otra tendencia, el proceso disciplinario».⁴⁷ Esta situación descrita responde a lo comentado por Lyotard cuando dice que «una sociedad desarrollada es aquella en la que cada cual debe juzgar por sí mismo [...] [a falta] de grandes voces, que recordaban lo que era preciso hacer [...] estamos en una sociedad sin padre. Se comienza a ver lo que esto significa concretamente. Cada uno debe ser el padre de sí mismo, construir la autoridad».⁴⁸

Ciñéndonos a un terreno más propiamente filosófico, podemos ver cómo se da una coincidencia prácticamente unánime a la hora de señalar a Nietzsche como el primer filósofo «posmoderno». Podemos tomar como sintomático lo que afirma Gianni Vattimo: «lo posmoderno se caracteriza no sólo como una novedad respecto de lo moderno, sino también como disolución de la categoría de lo nuevo, como experiencia del “fin de la historia”, en lugar de presentarse como un estadio diferente [...]. Nietzsche y Heidegger son considerados como los pensadores que sentaron las bases para construir una imagen de la existencia en estas nuevas condiciones de no historicidad o, mejor aún, de poshistoricidad»;⁴⁹ más en concreto, el filósofo italiano indicará cómo «*Humano, demasiado humano* presenta una verdadera y propia disolución de la modernidad mediante la radicalización de las mismas tendencias que la constituyen».⁵⁰ Mientras que, en textos anteriores, el filósofo alemán hablaba de salir de la modernidad, pero recurría para ello a fuerzas «suprahistóricas y eternizantes», en el caso de la obra de 1878 desaparecerá de las tentaciones —todavía— modernizantes de anteriores escritos.

Quizás, no obstante, en este empeño por poner fechas y hechos delimitadores, considero que los planteamientos de Lyotard son, tal vez, los más explícitos y clarificadores, lanzándose a la tarea de enumerar una serie de nombres propios, de lugares, de personas, capaces de ilustrar los momentos claves en los que las promesas modernas hacen agua: «cada uno de los grandes relatos de emancipación de cualquier género que haya acordado la hegemonía ha sido, por así decirlo, invalidado en sus principios en el curso de los cincuenta últimos años. —Todo lo que es real es racional, todo lo que es racional es real: “Auschwitz” refuta la *doctrina especulativa*. Al menos, ese crimen, que es real, no es racional. —Todo lo que es proletario es comunista, todo lo que es comunista es proletario. “Berlín 1953, Budapest 1956, Checoslovaquia 1968, Polonia 1980” (paso de otros) refutan la *doctrina materialista histórica*: los trabajadores se alzan contra el Partido.

—Todo lo que es democrático es por el pueblo y para él, e inversamente: “Mayo 1968” refuta la *doctrina del liberalismo parlamentario*. Lo social cotidiano hace fracasar a la institución representativa. —Todo lo que es juego de la oferta y la demanda es propicio para el enriquecimiento general, e inversamente: las “crisis de 1911, 1929” refutan la *doctrina del liberalismo económico*, y la “crisis de 1974-1979” refuta el arreglo postkeynesiano de esta doctrina,⁵¹ y continuará preguntándose si ante tal panorama no sería tentador instaurar «el gran relato del declinar de los grandes relatos», para contestarse inmediatamente que tal gran relato de la decadencia está ya presente desde los primeros momentos del pensamiento occidental (Hesíodo y Platón).

Antes hemos aludido a los *arquitectos* como los pioneros en el uso del término posmoderno. Dedicaremos siquiera unas palabras para intentar dar una visión panorámica, y con tomas desde bastante altura, del uso que en dicho campo se ha hecho del término. Más allá de la polémica entre palabras, modernismo/posmodernismo, lo que de hecho se trata, en el fondo, es de una búsqueda de un lenguaje arquitectónico renovado. El nacimiento del estilo moderno surge en los dos últimos decenios del siglo XIX y primer decenio del XX, dándose bajo la forma de un eclecticismo creativo que más adelante dejará paso a un racionalismo, especialmente en los años veinte, que se pretende racional y científico. Reacción contra el eclecticismo en lo ornamental, poniendo el acento en la estricta adecuación de la forma y la función, que se traduce en la eliminación de toda floritura decorativa inútil. «En el origen de cada forma espacial colocaba la geometría, las formas primarias del universo euclídeo, y de manera particular el cubo, arquetipo fundamental del que pueden obtenerse por simplificaciones o agregaciones sucesivas todos los elementos básicos del léxico funcional.»⁵² Dicho estilo moderno nacerá en la confluencia de diversas corrientes del pensamiento histórico: la voluntad higienista, el eco inmediato de las revoluciones sociales y políticas, el optimismo cientifista de los técnicos serán las corrientes

que en su confluencia contagian a la nueva forma de pensar la arquitectura. Más adelante, en sus formas más degeneradas o «caricaturescas», dará lugar al nacimiento de lo que se dio en llamar estilo internacional, llamado así debido a su implantación idéntica a través de todo el mundo.

Es contra esta especie de falta de imaginación, este «universalismo», este desarraigo con respecto a cualquier raíz local o cultural propia, contra los que se alzarán los arquitectos que se reivindicán como *posmodernos*. Éstos intentarán reconvertir la arquitectura en un verdadero lenguaje y, en este sentido, huir de la visión de la ciudad como centro para la producción o para la circulación, y devolver a la ciudad su dimensión convivencial en la que se encuentren la actualidad con la tradición. Este esfuerzo por lograr dar a la arquitectura una dimensión realmente comunicativa hará que se pretenda reintroducir la historia como referente colectivo, redescubriendo para ello ciertos rasgos de la arquitectura pasada. Se trataría, pues, de superar los límites del funcionalismo para reencontrar las vías de una expresividad en las cuales se hallen las permanencias histórico-culturales y la singularidad del propio creador. Esto no habrá de tomarse como una unidad de criterios totalmente perfilados, sino que la diversidad de estilos es grande.⁵³ Muy significativo para poner el acento sobre este espíritu de diversidad es lo que dice Juan Antonio Ramírez: «La diversidad cultural es ahora mucho mayor que hace quince o treinta años [...] la posmodernidad se caracterizaría, pues, por esta aceptación desprejuiciada de lo plural y por una tendencia a desjerarquizar las diferentes tendencias o personalidades. La actitud posmoderna es, por lo tanto, menos unitaria que la moderna. Perdida la confianza en la unidad teológica sustancial de la modernidad, quedan, como flecos sueltos, los ingredientes que la componían, codeándose, en un plano de igualdad, con corrientes historicistas o/y academicistas que siempre estuvieron al margen de las orgías vanguardistas».⁵⁴

Hay varios factores «extra-arquitectónicos» que han si-

do importantes en la determinación de estos cambios de enfoque operados: *por una parte*, el encontrarnos en la *era de la información* hace que se pretenda por parte de estos arquitectos crear una obra de la imagen para una sociedad de la imagen; además, la generalización de las nuevas tecnologías, en especial los *computers*, es tomada por éstos como signo de tendencias hacia el cambio y la individualización. Frente a la producción masiva y la repetición en masa de la arquitectura moderna, se pretende avanzar por el camino de la producción casi personalizada; «los resultados se asemejan más a la artesanía del siglo XIX que a los superbloques cuarteleros de 1984».⁵⁵ Muy ligado a lo anterior, irá «el derrumbre de los sistemas centralizados»;⁵⁶ esto hará que se intenten salidas de la unificación modernista: buscando en la diversidad tradicional y en las culturas locales aspectos que habían sido asfixiados por la labor «emancipadora» (uniformizadora, podríamos decir con más justicia) de los modernistas; *por último*, la crisis energética, al igual que el cambio de relación (o valoración) en lo que hace al *campo* y a la *ciudad*. «La actitud más razonable sería quizás la de tomar nota de que la "arquitectura moderna", como estilo de una época, como expresión de una civilización tecnológica en alza, ha muerto, y de que la misma denominación pertenece ahora a una arquitectura diferente, del mismo modo que ella fue diferente del eclecticismo que la precedió.»⁵⁷ En lo que hace a las valoraciones en torno a la ciudad y al campo, se puede observar cómo, así como la ciudad fue «el paraíso» de la sociedad industrial, hoy la conciencia ecológica hace que se comience a ver con diferentes ojos tanto la ciudad como la naturaleza.

En el terreno estrictamente arquitectónico, fue la Bienal de Venecia de 1980 («Presencia de la historia, el posmodernismo»)⁵⁸ la que puede considerarse como la primera gran manifestación de posmodernismo; en éste, «la lógica simbólica recupera la dimensión que ofrecía la función (lógica racionalista) en los prolegómenos del movimiento moderno [...] y más que avanzar propuestas formales regresivas, como algunos sectores críticos le

asignan, son de hecho abstracciones simbólicas del espacio, que asimilan la forma a su contenido espacial, y de ahí la abundante proliferación formal que tanto los grupos de tendencia como las corrientes neoclásicas, o los mensajes posmodernistas, recogen a través de sus arquitectos, intentando por todos los medios la exaltación del signifiante, es decir, el aspecto simbólico de la pretendida espacialidad moderna»;⁵⁹ todo ello en una toma de conciencia sobre el propio país del que el arquitecto es, intentando de este modo perfilar «su definición de *proyecto espacial* a través de su cultura propia».⁶⁰ Todos estos aspectos responden, en parte, a lo que indica Lyotard «la multiplicación de las luchas de independencia desde la segunda guerra mundial y el reconocimiento de nuevos nombres nacionales parecen indicar el reforzamiento de las legitimidades locales y la disipación de un horizonte universal de emancipación».⁶¹

Para finalizar el recorrido panorámico por los espacios de la arquitectura, dejemos la palabra —a modo de resumen— al afamado crítico inglés Charles Jencks: «la arquitectura moderna es un *estilo internacional y universal que proviene del hecho de los nuevos medios constructivos, que se adecúa a la nueva sociedad industrial y que tiene como objetivo la transformación de la sociedad, tanto en sus gustos como en su percepción y su "caracterización" social* [...] *la arquitectura moderna tardía tiene una ideología social pragmática y tecnocrática, y lleva a su extremo muchas de las ideas estilísticas modernas para resucitar un lenguaje agonizante y monótono* [...] *el posmodernismo comprende una multiplicidad de enfoques que se alejan del paternalismo y del utopismo de sus predecesores, pero que todos tienen un lenguaje doblemente codificado, es decir: en parte moderna y en parte algo más. Las razones para esta doble codificación son tecnológicas y semióticas: el arquitecto trata de usar una tecnología actual, pero también quiere comunicar con un público determinado* [...] la arquitectura posmoderna ha elaborado una morfología basada en la ciudad y conocida como contextualismo, así como un lenguaje arquitectónico más rico basado en la me-

táfora, en el repertorio de imágenes históricas y en el ingenio». ⁶²

Así pues, el posmodernismo aparece como el signo que revela una crisis profunda y como un refugio que preserva una reflexión sobre nuevas orientaciones. Es, esencialmente, negación del periodo precedente sin ser afirmación de un nuevo espacio.

Para completar este provisional y apresurado mapa de la posmodernidad, no estaría de más traer a colación algunas referencias al campo de la *sociología* (Bell, Touraine, Baudrillard...) y a la importancia que en la composición actual de la sociedad tiene la masiva incorporación de las *nuevas tecnologías* al campo de la producción, de la educación, etc. Igualmente, podía tener gran interés explorar un poquillo por los campos de la *actual filosofía francesa*, la cual ha solido ser calificada como posestructuralista (como sinónimo de posmoderno), de la diferencia, pensamiento singular, etc., todo ello con el fin de marcar la importancia que dicho pensamiento ha acordado a las particularidades frente a las generalizaciones de las anteriores filosofías dominadas por el historicismo. Como lo resume Lyotard, «lo que llamáis la filosofía francesa de los últimos años, si ha sido posmoderna de alguna manera, es porque ella ha puesto a través de su reflexión la mirada sobre la deconstrucción de la escritura (Derrida), sobre el desorden del discurso (Foucault), sobre la paradoja epistemológica (Serres), sobre la alteridad (Lévinas), sobre el efecto de sentido por búsqueda nómada (Deleuze), es porque ella ha puesto así el acento sobre la inconmesurabilidad». ⁶³ Pero el análisis de todo esto nos llevaría muy lejos, por lo que nos limitaremos a analizar brevemente algunos aspectos que juzgamos de interés. Aun a riesgo de hacer un tanto pesada la exposición, vamos a recurrir a una serie de textos —en forma de citas— debidos a los mismos protagonistas de las posiciones a las que vamos a aludir, ello, además, nos ayudará a abreviar la exposición.

Así pues, en nuestra tarea de despejar las incógnitas en torno al concepto de posmodernidad, nos encontra-

mos, en repetidas ocasiones, con cantidad de autores que sacan a relucir el término de *deconstrucción*. Detengámonos, pues, en la clarificación de dicho concepto. Hal Foster dirá que «surge un posmodernismo de resistencia como una contrapráctica no sólo de la cultura oficial del modernismo, sino también de la "falsa normatividad" de un posmodernismo reaccionario [...] un posmodernismo resistente se interesa por una *deconstrucción* crítica de la tradición [...] una crítica de los orígenes, no un retorno a éstos [...] trata de cuestionar más que de explorar códigos culturales, explorarlos más que ocultar afiliaciones sociales y políticas». ⁶⁴ Craig Owens habla del «impulso general *deconstructor*» ⁶⁵ del posmodernismo. Josep Picó, refiriéndose a Wellmer, ⁶⁶ señalará que según éste «la posmodernidad es un movimiento de *desconstrucción* y *desenmascaramiento* de la razón ilustrada como respuesta al proyecto modernista y su consiguiente fracaso, y que esa *desconstrucción* expresa: a) un rechazo ontológico de la filosofía occidental, b) una obsesión epistemológica con los fragmentos y fracturas, y c) un compromiso ideológico con las minorías en política, sexo y lenguaje». ⁶⁷ En el mismo orden de cosas, Simón Marchán-Fiz apunta que «la actitud posmoderna no creo que apunte tanto a una negación radical de todo lo moderno cuanto a una *desconstrucción*. De alguna manera, nuestra presente condición bascularía entre un *posmodernismo de reacción o negación radical* y un *posmodernismo de desconstrucción*, con la particularidad de que el primero cultiva el maniqueísmo y el exclusivismo, mientras que el segundo es inclusivista. La cartografía de manifestaciones artísticas parece traslucir la segunda actitud». ⁶⁸ Por último, se podría abundar mucho más en consideraciones del mismo género, y con el fin de evitar el exceso, señalaremos cómo Georges Balandier define el posmodernismo como «un movimiento de *deconstrucción*, de puesta en piezas de la jerarquía de los conocimientos y de los valores, de todo lo que contribuye a una formación de sentido, de todo lo que ha sido constituido en paradigma o en modelo». ⁶⁹

Como es perfectamente observable, la coincidencia es

prácticamente absoluta al definir el posmodernismo, al menos entre las corrientes dominantes que se reclaman de él, como una empresa desmitificadora, deconstructora, desenmascaradora, de vuelta atrás, ya que los saltos en el vacío son imposibles y peligrosos, con un fin desmitologizador de los momentos fundantes. Haciendo uso para ello de los únicos medios que a nuestra disposición están, que son los heredados. Cuestión claramente expuesta, entre otros por Deleuze y Derrida, quienes en su labor deconstructora son plenamente conscientes de que se mueven dentro del campo del logos y del lenguaje. Es decir, atacar el logocentrismo desde el propio logos, ya que nada se puede decir desde fuera (hasta se podría decir que tal «fuera» es inexistente), para a través de las tácticas y estrategias pacientemente estudiadas tender trampas al propio logos en su forma occidental, metafísica. Es decir, se mantendrán dentro de la racionalidad, puesto que no se podría, filosóficamente, hablar contra la razón, ya que no habría lengua para hacerlo.

Lo que venimos diciendo recuerda en muchos sentidos lo que antes hemos comentado de pasada acerca de la «anamnesis» lyotardiana como «evocación voluntaria o incluso metódica del pasado»,⁷⁰ como per-elaboración que descubre los aspectos reprimidos y nos libra del dominio de los mecanismos repetitivos,⁷¹ «como el paciente trata de elaborar su dolencia presente asociando libremente elementos aparentemente inconsistentes con situaciones pasadas, lo que le permite descubrir sentidos escondidos de su vida, de su conducta». ⁷² Pero una «anamnesis» que no sea una restauración ecléctica y nostálgica del pasado y de sus valores, ni una aceptación resignada de los simulacros y efectos de superficie en un mundo nihilista y cínico. Es más, podríamos preguntarnos, con Lyotard, si realmente puede haber progreso sin esta labor. Para contestarnos, acto seguido y al unísono, con él: «la anamnesis conduce, a través de una dolorosa elaboración, a elaborar las relaciones, afecciones de toda clase, amores y terrores, que están asociados a estos nombres». ⁷³

Pero hemos empezado hablando del término «deconstrucción» y nos parece obligado —como ya habíamos anunciado— hacer referencia a dicho concepto en el filósofo francés Jacques Derrida, ya que es él quien ha hecho uso de dicho concepto de una manera más sistemática y rigurosa. Nos conformaremos para ello con señalar el sentido que el propio Derrida da a dicha palabra. Así, describiendo «una especie de *estrategia general de la deconstrucción*», nos dirá: «en una oposición filosófica clásica, no tenemos que vérnoslas con la coexistencia pacífica de un *vis-à-vis*; sino con una jerarquía violenta. Uno de los dos términos se impone al otro (axiológicamente, lógicamente, etc.), se encumbra. Deconstruir la oposición significa, en un momento dado, invertir la jerarquía. Olvidar esta fase de inversión es olvidar la estructura conflictual y subordinante de la oposición»; ⁷⁴ pero éste será un paso y sólo eso, y «la deconstrucción no puede limitarse o pasar inmediatamente a una neutralización: debe, por un doble gesto, una doble ciencia, una doble escritura, practicar una *reinversión* de la oposición clásica y un *desplazamiento* general del sistema. Es sólo con esta condición como la deconstrucción se dará los medios de *intervenir* en el campo de las oposiciones que critica y que es también un campo de fuerzas no-discursivas». ⁷⁵ Todavía nos indicará en otro lugar que «deconstruir» la filosofía sería así pensar la genealogía estructurada de sus conceptos de la manera más fiel, más interior, pero al mismo tiempo, desde un cierto exterior incalificable por ella, innombrable, determinar lo que esta historia ha podido *disimular* o *prohibir*, haciéndose historia por esta represión interesada en alguna parte». ⁷⁶

De este modo, la labor deconstructora habrá de usar de la astucia y de las diversas estratagemas; será preciso entrar en una especie de doble juego, ya que, como él mismo señala, «la revolución contra la razón no puede hacerse más que en ella [...] [ya que] no pudiendo operar más que en el *interior* de la razón desde la que se profiere, la revolución contra la razón tiene pues siempre la extensión limitada de lo que se llama, precisamente en el

lenguaje del ministerio del *interior*, una agitación»;⁷⁷ y explicitando más lo ya dicho líneas más arriba, que «no se puede llamar contra ella más que a ella, no se puede protestar contra ella que desde ella, ella no nos deja, sobre su propio campo, más que el recurso a la estratagema y a la estrategia».⁷⁸

¿Se encontrará la humanidad, pues, en su búsqueda de la felicidad, en esa especie de «mesianismo sin Mesías» a la que se refería de modo tan sagaz Walter Benjamin?⁷⁹ Si aceptamos los análisis que hemos venido viendo, todo nos hace pensar que nos encontramos realmente en una sociedad sin padre, en la que cada cual ha de ser su propio padre, constituirse en autoridad: estamos llegando al momento en que «cada individuo se ve obligado a inventar conductas. La política del mínimo Estado deja mucho al Sí, que se ve llevado a producir sus pequeños relatos».⁸⁰

* * *

Como ya comentábamos desde el principio, tras someter a un somero análisis la llamada posmodernidad, lo referente a la narrativa nos vendría dado «por añadidura». Es decir, a una situación determinada corresponderá un tipo de literatura también determinada, acorde con los tiempos; es decir, la literatura de unos tiempos determinados reflejará el sentir de dichos tiempos. De modo que en unos tiempos en los que se da una creciente falta de fe en la razón clásica como topos privilegiado y unívoco desde el que enjuiciar el presente y el futuro, en los que la carencia de credibilidad en los «grandes relatos legitimadores» (metarrelatos) que daban sentido al presente y al futuro que se había de seguir..., esto se traduce en diferentes terrenos: arte, política, filosofía. Faltando un relato único que nos guíe, nos encontramos en una situación desbrujulada, no tenemos esas verdades a las que agarrarnos que en tiempos no tan lejanos daban sentido y legitimación a las posturas que se mantenían. Nos hallamos, pues, en una situación en la que imperan la incertidum-

bre, el escepticismo, la diseminación, las situaciones derivantes, la discontinuidad, la fragmentación, la crisis..., aspectos que conllevan, en los terrenos artísticos, fenómenos como el pastiche, el *collage*, una posición escindida y esquizofrénica que lleva en bastantes ocasiones a la búsqueda en otros tiempos de lo que ahora carecemos.

Que nadie espere de lo dicho que vaya a caer en el cretinismo de hacer un catálogo o un equipo de escritores posmodernos, nada más lejos de mi intención. Es más, me parece una verdadera payasada hablar, como lo hacen algunos, de literatura posmoderna. Lo que sí creo, sin embargo, que se puede decir es que las características hasta ahora esbozadas hacen que se pueda ver el alza del gusto por ciertos géneros que han cobrado amplia extensión. Esquemáticamente, se podría apuntar el gusto por una literatura «desasosegada» y la revitalización del género histórico y de las narraciones teñidas de ironía y diversión.

Dentro de lo que llamo *literatura «desasosegada»*, podrían señalarse las obras de un Bernhard, en las que, siguiendo el relato autobiográfico, y con grandes dosis de autoironía, se utiliza la literatura con cierta carga terapéutica; en el mismo apartado meteríamos a Gustaffson, quien igualmente muestra personajes inquietos y asfixiados ante el mundo en el que les ha tocado vivir. En ambos se pueden observar, por otra parte, significativas citas, explícitas o implícitas, de pensadores como Schopenhauer, Nietzsche, Wittgenstein..., claros representantes del pensamiento crítico con respecto a la modernidad. En el *continente americano*, pueden observarse, también, jóvenes escritores que se enfrentan con la actualidad y sus problemas: Ellis, Johnson, McIntyre..., novelas contemporáneas, pero bien distantes de las citadas en primer lugar, que tendrían contenidos sin lugar a dudas más cultos.

Hablaba, también, de la revitalización del *género histórico*. Sintomático en este orden de cosas lo que dice Umberto Eco: «Desgraciadamente "posmoderno" es un término que sirve para cualquier cosa [...] sin embargo, creo que el posmodernismo no es una tendencia que pueda

circunscribirse cronológicamente, sino una categoría espiritual, una manera de hacer [...]. El pasado nos agobia, nos chantajea [...]. La respuesta posmoderna a lo moderno consiste en reconocer que, puesto que el pasado no puede destruirse —su destrucción conduce al silencio— lo que hay que hacer es volver a visitarlo; con ironía, sin ingenuidad».⁸¹ Se puede ver, pues, en esta vuelta atrás hacia la historia, un viaje pertrechados con citas actuales, con una mirada actual, y así se podrán ver revitalizaciones de obras, ya clásicas, como las de Marguerite Yourcenar, el mismo Eco, Robert Graves, Gore Vidal, o textos como los de Süskind (*El perfume*), Sloterdijk (*El árbol mágico*) o, más cercanos, de Racionero (*Cercamón*), Félix de Azúa (*Mansura*), Paloma Díaz-Mas (*El rapto del Santo Grial*), de García-Sánchez (y su vuelta a la época romántica en su *Carta de amor...*); o una serie de obras que se centran en la guerra civil: *Beatus Ille* de Muñoz Molina, la novela de Llamazares situada igualmente en tiempos de la contienda civil, o —por qué no— la *Escuela de mandarines* de Espinosa, en la que se disecan los tiempos del franquismo, con cantidad de alusiones a otros tiempos, a otros países, etc.

Por último, señalaremos las *novelas irónicas* o con temas *cotidianos*. Con tonos callejeros y francamente bukowskiianos se abordan sin presunciones temas menores, fantásticos y eróticos; ahí están las obras de Haro Ibars, María Jaén, Quim Monzó, por no citar más que unos pocos, o el *revival* del género policíaco local, con sus Vázquez-Montalbán, Mendoza, Andreu Martín, etc., narraciones en las que en clave, *sui generis*, de novela negra, se retratan las costumbres cotidianas de nuestros tiempos, o de los tiempos recién pasados (la transición...).

Que nadie busque en esta apresurada (y, por supuesto, incompleta) y un tanto aleatoria lista un intento de clasificación estricta de géneros y autores. Simplemente, como ya hemos señalado, no pretende ser más que una simple pincelada para señalar las claves de por dónde parecen moverse los gustos actuales en lo que respecta a la narrativa en nuestra actual condición. Así, en muchos casos, se

podrá discutir hasta que existan ciertos «parecidos de familia» entre las obras y autores citados..., pero, en fin, para eso estamos, para discutir.

NOTAS

1. Juan Cueto, prólogo a Fernando Poblet, *Contra la Modernidad*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1985, p. 7.
2. Jean Chesneaux, *De la modernité*, París, La Découverte/Maspero, 1983, p. 188.
3. Jean-François Lyotard, *Le Postmoderne expliqué aux enfants*, París, Editions Galilée, 1986, p. 133.
4. Cfr. especialmente Lyotard, *op. cit.* y, además, «Reescribir la modernidad», *Revista de Occidente* (Madrid), 66, noviembre (1986), 23-33.
5. Jean-François Lyotard, «Les enfants de Lyotard sont postmodernes» (palabras recogidas por Guitta Pessis-Pasternak), *Libération*, 21-22 junio (1986), 36.
6. Christine Buci-Glucksmann, «La Postmodernité», *Magazine Littéraire* (París), 225, diciembre (1985), 41.
7. Jean Baudrillard, «Modernité», en *Encyclopaedia Universalis*, 1968. Exposición que es un modelo de concisión. En las páginas que siguen hemos ido tras los pasos de dicho artículo. Para el enfoque de dicho tema tienen gran interés otros trabajos: Juan Cueto, *Mitologías de la modernidad*, Barcelona, Salvat, Aula Abierta, 1982. Desde otro punto de vista: Julio López, *La música de la Modernidad (De Beethoven a Xenakis)*, Barcelona, Anthropos, 1984. Para un recorrido por la historia de las ideas, con fines urbanísticos y políticos, véanse los libros de Carlos Moya, *De la ciudad y de su razón*, Madrid, Cupsa, 1977 y *Señas de Leviatán. Estado nacional y sociedad industrial: España 1936-1980*, Madrid, Alianza, 1984. Véase, igualmente, Georges Balandier, *Le détournement. Pouvoir et modernité*, París, Fayard, 1985. Especialmente, la segunda parte: «Pour saisir la modernité». También, Jean Chesneaux, *op. cit.*, obra de gran interés, con amplias referencias a la situación en Francia, en especial desde la victoria socialista de 1981.
8. Henri Lefebvre, *Introducción a la modernidad*, Madrid, Tecnos, 1977, pp. 159-160 y 209.
9. Michel Leiris, «Modernité/merdonité», *Nouvelle Revue Française*, octubre (1981).
10. A. Rimbaud, *Poésies*, París, Librairie Générale Française, 1972 (*Une saison en enfer*, pp. 163-198).
11. Henri Lefebvre, *op. cit.*, p. 185.
12. Eduardo Subirats, *La flor y el cristal. Ensayos sobre arte y arqui-*

itectura moderna, Barcelona, Anthropos, 1986, p. 281. Véase, del mismo autor, *El alma y la muerte*, Barcelona, Anthropos, 1983; en especial, la Introducción: «La crisis de la modernidad», pp. 15-70.

13. Simón Marchán-Fiz, *Del arte objetual al arte del concepto/Epílogo sobre la sensibilidad «postmoderna»*, Madrid, Akal, 1986, p. 294.

14. Juan Antonio Ramírez, «Catecismo breve de la postmodernidad (notas provisionales)», *La Luna de Madrid* (Madrid), 24, enero (1986), 21.

15. Guy Hocquenghem y René Schérer, *L'âme atomique*, París, Albin Michel, 1986, p. 24.

16. Simón Marchán-Fiz, *op. cit.*, p. 293. Véase, del mismo autor, el trabajo titulado «*Le bateau ivre*: para una genealogía de la sensibilidad postmoderna», *Revista de Occidente* (Madrid), 42, noviembre (1984), 7-28.

17. He de reconocer mi deuda con Javier Sadaba, que me ha dejado unas hojas mecanografiadas, aún sin publicar, que llevan por título: «*La crisis postmoderna*». En las líneas que siguen, me he inspirado en tal trabajo, y también en Antonio Campillo, *Adiós al progreso. Una meditación sobre la Historia*, Barcelona, Anagrama, 1985. De este último he tomado algunas frases prestadas que son aquéllas que sin ir acompañadas de llamada van entrecomilladas. Sobre este tema pueden verse del mismo autor: «Una crisis permanente o cómo contar la historia de la razón», en F. Jarauta, *La crisis de la razón*, Murcia, Universidad de Murcia, 1986, pp. 139-162; *Diálogo de los mundos*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1986, y, por último, «Historia y Naturaleza» *La(s) otra(s) historia(s)* (UNED de Bergara), 1, junio (1987), 93-124.

18. F. Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, Madrid, Edaf, 1979, p. 162.

19. Jean-François Lyotard, artículo citado del *Magazine Littéraire*, 225.

20. Paul Virilio, *L'horizon négatif. Essai de dromoscopie*, París, Galilée, 1984, pp. 301-302 (la cursiva es suya).

21. Paul Virilio, *Défense populaire et luttes écologiques*, París, Galilée, 1978, p. 81.

22. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1986, pp. 10 y 145.

De gran interés para el análisis de los primeros enfrentamientos con la modernidad dentro del campo del pensamiento: Massimo Cacciari, *Krisis. Ensayo sobre la crisis del pensamiento negativo de Nietzsche a Wittgenstein*, México, 1982; François Chatelet, «La modernité en philosophie», en André Akoun (dir.), *La Philosophie*, París, Retz, 1977; Francisco Jarauta, «De la razón clásica al saber de la precariedad», en *La crisis de la razón*, Universidad de Murcia, pp. 47-60.

23. Guy Hocquenghem y René Schérer, *op. cit.*, pp. 18-19.

24. Véase el importante libro de Gilles Lipovetsky, *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, París, Gallimard, 1983.

25. Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne*, París, Editions de Minuit, 1979, p. 7.

26. Entrevista realizada por Christian Descamps para el vespertino *Le Monde*, 14 octubre (1979), recogido en *Entretiens avec Le Monde 1. Philosophies*, París, La Découverte/Le Monde, 1984, p. 150.

27. *Magazine littéraire*, 225, 43.

28. Jean-François Lyotard-Elie Theofilakis (entrevista), «Les petits récits de Chrysalide», en *Modernes et après. Les Immatériaux*, París, Autrement, 1985, p. 9.

29. *Ibidem*, p. 14.

30. *Ibidem*, p. 9.

31. Paolo Porthogesi, *Le Post-moderne*, Milán-París, Electa Moniteur, 1983, p. 10.

32. Véase Charles Jencks, *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*, Barcelona, Gustavo Gili, 1984, p. 5 (3.ª ed. ampliada).

33. Simón Marchán-Fiz, *op. cit.*, p. 305.

34. Félix Torres, «Post-modernisme et histoire», *Esprit*, 86, febrero (1984), 110 (la cursiva es mía).

35. Jean-François Lyotard, «Règles et Paradoxes», *Babylone*, 1, 10/18, UGE, París, 1983, p. 69.

36. Ver entrevista ya citada de *Libération*.

37. *Ibidem*.

38. Eduardo Subirats, *La crisis de las vanguardias y la cultura moderna*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1985, pp. 41-42. En general, toda su obra tiene invitaciones de tal género. Véanse, especialmente, «Signos de una época final», en *Más allá del Posmoderno*, México, Gustavo Gili, s.a., pp. 119-129; «Razón y nihilismo», *Revista de Filosofía* (Sevilla), 2, noviembre (1985), 89-103.

39. Jean-François Lyotard, «Note sur le sens de "post-"», en *Le Post-moderne expliqué aux enfants*, París, Galilée, 1986, p. 121.

40. *Ibidem*, pp. 121-122.

41. *Ibidem*, p. 126.

42. Jean Chesneaux, *op. cit.*, p. 188.

43. *Ibidem*, id.

44. Frederic Jameson, «Posmodernismo y sociedad de consumo», en *La Posmodernidad*, Barcelona, Kairós, 1985, p. 167.

45. *Ibidem*, pp. 167-168.

46. Gilles Lipovetsky, *op. cit.*, p. 118.

47. *Ibidem*, p. 127.

48. Entrevista, ya citada, en *Libération*.

49. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*, Barcelona, Gedisa, 1986, pp. 12-13.

50. *Ibidem*, p. 146. Véase la acertada crítica de Alberto Cardin, «Mejor lábil que débil», *Cuadernos del Norte* (Oviedo), 36. Acusa Cardin al filósofo italiano de recomponer una «dialéctica» a su medida, «despreciar» las aportaciones al estudio de la diferencia hechos por Derrida y Deleuze, entre otros, al tiempo que denuncia su «continuo intento de reducirlo a una chata escolástica heideggeriana», además, con «un carácter litúrgico a base de no remitir prácticamente jamás a realidades

históricas concretas, a contenidos experienciales repetibles o, al menos, comunicables».

51. *Le Postmoderne expliqué...*, op. cit., pp. 52-53.

52. Paolo Portoghesi, *Después de la arquitectura moderna*, Barcelona, Gustavo Gili, 1984³, p. 28.

53. Charles Jencks, *El lenguaje de la arquitectura postmoderna*, Barcelona, Gustavo Gili, 1984, 3.ª ed. ampliada; véase el esquema que aparece en la página 80, que da una buena muestra de la diversidad de estilos arquitectónicos desde la década de los sesenta hasta la actualidad.

54. Juan Antonio Ramírez, «Catecismo breve de la postmodernidad (notas provisionales)», *La Luna de Madrid*, 24, enero (1986), 21.

55. Charles Jencks, op. cit., p. 5.

56. Paolo Portoghesi, *Le Post-Moderne*, París-Milán, Electa Moniteur, 1983, p. 11.

57. Paolo Portoghesi, *Después de la arquitectura...*, op. cit., p. 42.

58. Para ver los contenidos de esta Bienal: *La Modernité ou l'Esprit du Temps*, París, L'Equerre, 1982. Como respuesta a dicha corriente, se organizó en París un Festival el 30 de septiembre de 1982, bajo el clarificador título de *La modernité... un projet inachevé*, recogido luego en libro con el mismo título (París, Editions du Moniteur, 1982).

59. Antonio Fernández Alba, *Neoclasicismo y Postmodernidad. En torno a la última arquitectura*, Madrid, Hermann Blume, 1983, pp. 148 y 150. Véase del mismo autor, con un tono más crítico hacia lo posmoderno, «Delito y estuco. Las mariposas del Rockefeller Center (A modo de fábula)», en *Más allá del Posmoderno*, México, Gustavo Gili, s.a., pp. 11-29.

60. Antonio Fernández Alba, op. cit., p. 149.

61. Jean-François Lyotard, «Missive sur l'histoire universelle», en *Le Postmoderne expliqué...*, op. cit., p. 62. En el mismo sentido, tienen mucho interés las páginas 102 y siguientes del libro de Antonio Campillo, *Adiós al progreso*, cuando habla de la tesis de la variación en la onda de «preservando la propia autonomía se estaría preservando simultáneamente la autonomía de los otros» (p. 110).

62. Charles Jencks, *Movimientos modernos en arquitectura*, Madrid, Hermann Blume, 1983, pp. 375-376 (la cursiva es del autor).

63. Jean-François Lyotard, «Appendice svelte», *Babylone*, 1, 79.

64. Hal Foster, «Introducción al posmodernismo», en *La Posmodernidad*, Barcelona, Kairós, 1985, p. 12.

65. Craig Owens, «El discurso de los otros: las feministas y el posmodernismo», en *ibídem*, p. 95.

66. Se refiere al artículo «La dialéctica de modernidad y postmodernidad», *Debats*, 14, 67-87.

67. Josep Picó, «Proceso a la Razón», *Debats*, 14, 40.

68. Simón Marchán-Fiz, *Del arte objetual al arte del concepto*, p. 295.

69. Georges Balandier, op. cit., p. 139.

70. Definición de *anamnesis* (en su sentido psicológico y psiquiátrico) tomada de Paul Foulquié (con la colaboración de) Raymond Saint-Jean, *Dictionnaire de la langue philosophique*, París, PUF, 1978³, p. 445.

71. Ideas tomadas de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1979², p. 284.

72. Jean-François Lyotard, «Note sur le sens de "post-"», en *Le Postmoderne expliqué...*, op. cit., p. 125.

73. Jean-François Lyotard, «Billet pour un nouveau décor», op. cit., p. 131. A los nombres a los que se refiere el autor son, fundamentalmente, los relacionados con la experiencia nazi.

74. Jacques Derrida, *Posiciones*, Valencia, Pre-Textos, 1977, pp. 54-55 (la cursiva es del autor).

75. Jacques Derrida, *Marges de la philosophie*, París, Editions de Minuit, 1972, p. 392 (cursiva del autor).

76. Jacques Derrida, *Posiciones*, op. cit., p. 12 (cursiva suya). Un trabajo de gran interés sobre dicho tema se puede encontrar en el suplemento semanal de *Diario 16*, *Culturas*, 69, 3 agosto (1986), su título es «Carta a un amigo japonés».

77. Jacques Derrida, *L'écriture et la différence*, París, Editions du Seuil, 1967, p. 59 (cursiva suya).

78. *Ibidem*, íd. (cursiva suya).

79. Véase «Fragmento político teológico», en Walter Benjamin, *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1982, pp. 193-194.

80. Jean-François Lyotard, Entrevista en *Le Monde*, 14 octubre (1979).

81. Umberto Eco, *Apostillas a «El nombre de la rosa»*, Barcelona, Lumen, 1984.